

Aprender por Chile

Hace cinco años nuestra democracia estuvo en grave riesgo. Un amplio malestar y hastío ciudadano como consecuencia de anhelos de cambios sociales postergados que se expresó en una gran movilización de protestas pacíficas que se desarrolló a la par de uno de los períodos de mayor violencia en nuestra historia reciente. Conviene reflexionar sobre lo que ocurrió y sacar lecciones de ello.

Independiente de los legítimos debates sobre sus orígenes, los principales aprendizajes que nos dejan estos cinco años son dos: la necesidad de reafirmar nuestras convicciones acerca del valor de la democracia, rechazando sin ambigüedades la violencia como medio para lograr objetivos políticos, y retomar la senda de desarrollo con una mayor igualdad social y un crecimiento económico alto y sostenible que lo haga posible.

Desde estas premisas afirmamos:

1) Nuestro rechazo absoluto a la violencia como instrumento para generar cambios.

La democracia es frágil y exige de un cuidado y construcción común y permanente. En democracia la violencia no tiene justificación. Ningún atenuante es aceptable. Se sabe cómo comienza la violencia, pero no dónde termina. La principal protección para los más vulnerables en la sociedad es que el derecho al uso de la fuerza esté solamente en manos del Estado y sus organismos especializados, sometidos al imperio de las leyes democráticamente dictadas. Toda debilidad en esta materia conduce, al final, a más violencia e injusticia social.

2) Nuestro compromiso irrestricto con el respeto al estado de derecho.

La democracia se sostiene y perdura con el cumplimiento de la ley y la Constitución, con el respeto a quienes piensan distinto, con un diálogo

constructivo, con la protección de los derechos humanos y las libertades fundamentales y con el resguardo del equilibrio institucional entre los poderes del Estado. Hace cinco años, casi todos estos elementos se vieron fuertemente afectados.

3) Nuestro compromiso con la búsqueda de una convivencia social pacífica.

Todos quienes ejercen responsabilidades públicas o privadas deben ser conscientes de que sus actos, reales y simbólicos, cuando no atienden adecuadamente las aspiraciones de progreso igualitario de los chilenos, cuando hay actos de corrupción y privilegios, formas de trato inadecuadas y permanente confrontación, generan cansancio y decepción en la población y, con ello, inestabilidad social y política. La convivencia democrática requiere de empatía, respeto a la diversidad de nuestra sociedad, honestidad y buen trato.

4) Nuestro compromiso con el impulso a los cambios sociales y a la búsqueda de acuerdos.

Para conservar y ampliar una convivencia social pacífica y la democracia se necesitan reformas que conduzcan a un continuo progreso social. Es urgente hacerse cargo de las demandas sociales más postergadas en temas como salud, pensiones, empleos y seguridad. Lamentablemente, debido a la incapacidad de nuestro sistema político, no se registran avances importantes en estos temas por ya mucho tiempo.

Ello requiere disposición al diálogo, a ceder en parte para alcanzar acuerdos, generosidad, esfuerzo y menos ideologías. La prioridad y el centro de las reformas debe ser la persona y su dignidad.

5) Nuestro compromiso con el crecimiento económico.

Las reformas requieren recursos económicos, y estos se obtienen con crecimiento a tasas significativas: este es un paso indispensable para abordar la desigualdad y las reformas que la sociedad reclama. Cuando la democracia no es capaz de generar seguridad, progreso, y creciente bienestar ésta se debilita y puede terminar reemplazándose. Ese es el riesgo que corremos.

Desde estas convicciones, proponemos un gran pacto que garantice la gobernabilidad por la seguridad, el desarrollo económico y la inclusión, que permita a Chile tener un proyecto ampliamente compartido. Ello requiere disposición a romper la polarización y buscar aquello que nos une antes que profundizar en nuestras legítimas diferencias; requiere también un gran esfuerzo para relegitimar nuestras instituciones ante la ciudadanía buscando los acuerdos para destrabar los avances.

Hagamos un gran esfuerzo para validar nuestras instituciones frente a los ciudadanos, poner fin a la violencia, realizar las reformas para una mayor equidad social y alcanzar un crecimiento económico sostenido que mejore el bienestar de quienes habitan en nuestra patria. Chile es nuestro y será lo que nosotros hagamos de él. Creemos que es posible soñar en un país con un corazón suficientemente generoso que cree las condiciones para recuperar la esperanza de una vida mejor para todos.

Quienes suscribimos esta carta respetamos los compromisos aquí enunciados, independientemente de nuestras visiones políticas y del Gobierno que respaldemos o integremos.

Firmantes

María José Abud
Eric Aedo
Gabriel Alemparte
Claudio Alvarado Rojas
Soledad Alvear
Eduardo Aninat
Pepe Auth
Mariana Aylwin
Eduardo Báez
Víctor Barrueto
Cristobal Bellolio
Sergio Bitar
Vivianne Blanlot
Gonzalo Blumel
Iris Boeninger
Ignacio Briones
Ricardo Brodsky
Jorge Burgos
Juan Luis Castro
Francisco Chahuán
Álvaro Clarke
René Cortázar
Ruggero Cozzi
Luciano Cruz Coke
Jorge De la Carrera
Felipe Del Río
Alejandro Fernández
Gonzalo García
Pedro García
José Antonio Gómez
Jorge Guzmán
Felipe Harboe
Francisco Huenchumilla
Constanza Imperatore
Manuel Inostroza
José Miguel Insulza

Juan Irarrázaval
María José Naudon
Felipe Kast
Alejandra Krauss
Ricardo Lagos Weber
Oscar Landerretche
Hernan Larraín Matte
Carolina Leitaó
Zarko Luksic
Gutenberg Martínez
Vlado Mirosevic
Helia Molina
Heraldo Muñoz
Camila Musante
Ricardo Núñez
Juan José Obach
Juan Luis Ossa
Javiera Parada
Luis Pardo
Sebastian Pavlovic
Natalia Piergentili
Isabel Plá
Lorena Recabarren
Gastón Saavedra
Diego Schalper
Cristián Stewart
Ernesto Tironi
Pepe Toro Kemp
Francisco Undurraga
Andrés Velasco
Magdalena Vergara